

SUDOR DE JUEZA

El pasado miércoles vi a una Jueza sufrir mientras un abogado infectaba el aire de la sala con una serie interminable de ventosidades psíquicas. Unos días antes ese mismo abogado había intentado aniquilarla acusándola de prevaricación. Yo miraba la sala, disfrazado con mi toga negra, desde donde se sienta la parte demandada. A mi lado estaba el Ministerio Fiscal, que en realidad era una mujer joven, pero con brisa de anciana.

Los dos abogados nos golpeamos hasta la extenuación, durante horas, con sórdidos garrotes de palabras. También golpeamos, sin piedad, a los testigos de la parte contraria, que habían esperado tres horas y cuarto a que se celebrara el juicio, sentados en asientos de mármol que parecían tumbas recicladas. Todos testificaron con cara de niños asustados y todos habían perdido cualquier chispa de seducción, cualquier destello de belleza humana. Dos de ellos mintieron con extremada crueldad, y atribuyeron comportamientos deleznable a antiguos compañeros de trabajo. Algunos habían sido hasta íntimos amigos. Sí, ¿qué pasa?, que se jodan, se lo merecen. Mintieron porque su piel reventaba de odio después de haber trabajado para una empresa que los había despedido y a la que habían vendido el alma a cambio de dinero, de reconocimiento, de cobijo. Su dios les había expulsado y ahora darían cualquier cosa por matarle. Y mientras mentían no eran malvados -¿existe el Mal?-, sino humanos, demasiado humanos.

El calor iba en aumento y la Jueza intentaba que su rostro se mantuviera mayestático, pero era de arena de playa y estaba a punto de desmoronarse con el oleaje psíquico de la sala. Y es que aquella habitación con fluorescentes membranosos, con paredes sucias de salpicones de miles de almas acuchilladas, se estaba haciendo un sólido irrespirable, como si todo el espacio disponible se hubiera larvado con la prolongación de los sistemas nerviosos de los allí presentes. Al final me pareció que la Jueza tenía ojos de Emperatriz enferma mientras observaba aquella orgía de sangre psíquica. Entonces, de repente, por aquel rostro de arena de playa descendieron muchas gotas de sudor.

Cuando la sala quedó vacía fui capaz de recuperar aquellas gotas, ahora inmóviles sobre la mesa de la Jueza, como si fueran rocío humano. Las llevé a analizar al laboratorio de un amigo mío y dos horas después supe que aquello no era sudor. Eran lágrimas. De la piel de aquella Jueza habían brotado lágrimas. Esperemos que los mecanismos de supervivencia de nuestro modelo de sociedad sigan hechizando a nuestros jueces. No sé qué será de nosotros si ellos pierden la fe en el “Proyecto Humanidad”.